

Frente al espejo

Luis Enrique Ricaño



Unfamiliar Reflection, 2006, Ken Currie
Photography by Antonia Reeve
© Ken Currie

 NATIONAL GALLERIES SCOTLAND

Capítulo 1

Dicen que al sacerdote y al doctor siempre hay que hablarles con la verdad, es por lo anterior que escribo esta carta, doctor.

Las líneas que labro con tinta y parte de mis entresijos podrán parecer la obra final y consumada de mi ego, sin embargo, no son más que la génesis de mi nueva vida, una vida mutilada por usted.

Traté de entender la vida de diferentes formas. Busqué múltiples escondites para pasar desapercibido. Desde el vamos le digo: nunca fui feliz. Nunca supe ni me enteré del por qué de mis tristezas, constantemente sentí un vacío que no me abandonaba, no me permitía desenvolverse "normalmente". Por supuesto que por mero sentido de supervivencia intenté llenarlo.

Una vez lleno, soñé con una vida prodigiosa. Como pude, coseché algunos triunfos, pero la sociedad me escupió. Comprendí que el ahitarme no significaba estar lleno, estaba indigesto, y es que sin darme cuenta me había entregado a un Dios de caña; vacié su espíritu en mi interior: estaba poseso, no era yo.

Digo lo anterior tal vez desde la inconciencia, porque a decir verdad nunca supe quien era yo; no me conozco, ese espíritu deformó mi persona frente al espejo, cubrió con una manta mi reflejo y no me dejó concebir mi miseria.

Vivir de tal manera fue cómodo en tanto aquella manta no cayó para revelarme. El desconocimiento de mi mismo me dio su venia para hollar lo que decía más querer. Los episodios más coloridos de mi vida, yacían en mi vitrina de vanaglorias pasadas, fueron avejentándose y quedaron solo las estelas. Regresé al cieno primordial de mi existencia: soledad, vacío, tristeza.

Imploré por tregua, ahora de verdad estaba solo; familia, amigos, parejas, todo había sido masticado por mí. Todas las ilusiones que alguna vez tuve habían desaparecido, estaban muertas, tan muertas como yo.

Me acerqué al cielo y le pedí me devolviera lo perdido, vaya sorpresa me llevé al darme cuenta que este es sordo. Mis deseos miopes jamás hicieron eco allá donde el azul se junta con el sol, solo retumbaban en mi cabeza y me hundían en el fango, en la frustración y de nuevo bebía el espíritu de mi Dios de caña.

Invariablemente la conciencia me asaltó y la manta del espejo cayó, me reveló como un hombre cadavérico; justifiqué mi reflejo y le mentí a la vida diciendo que me encontraba bien, sin embargo, cada palabra que

excretaba se encharcaba en alcohol y caía lentamente de mi boca como una baba, como la brea negra y pestilente que era la sangre de ese espíritu que me poseía y me delataba.

Enfermé, doctor, enfermé gravemente. Sin esperarlo, el caos sobre el que versa lo conocido me sonrió; sane, y a pesar de que se me prohibió beber, el inquilino que habitaba mis adentros no me permitió concebir una vida sobrio. El dolor era muy fuerte, tenía que callarlo, adormecerlo para no sentir nada. Me hinché, ahora no solo de alcohol, también de rencores, iras y todo aquello que me magullaba en el interior.

El espíritu se había convertido en monstruo y cada vez que lo sacaba a pasear, me veía transverberado por aquello que me dolía; mi boca se volvió un soplete y todo lo que yacía masticado por mis mandíbulas, lo reduje a cenizas.

Como le dije, nunca me enteré cómo empecé a entregar mi cuerpo al vicio, no me di cuenta cómo fue que me perdí en la piel de aquel Dios protagonista de estas líneas, pero por supuesto que sé cómo terminé: fue aquella noche –una antes de conocerlo–. Salí de casa sin rumbo, caminé algunas calles, me sentía desamparado. Pensé en lo que había perdido, imaginé encontrarlo en el camino, tan pronto levanté la mirada, caí en cuenta del espesor de la distancia que me separaba de aquello. Ya no estaba. Miré la hora, era tarde por la noche, sentí que debía regresar a casa, pero nadie me esperaba.

Crucé una calle transitada y la rabia se apoderó de mí. Pensé en parar mi andar a la mitad de aquella calle esperando que algo me impactara y así terminar conmigo. No tuve el valor.

En algún punto del camino paré, necesitaba un trago, me hice de una botella, quise volver a casa y chocar las copas con el monstruo, no lo logré, una temblorina me poseyó. El primer trago pasó quemando, como arrastrando los pies en la alfombra de mi lengua, el segundo trago resbaló y me calmó, cerré los ojos y empujé el tercer trago que fue largo, al abrir los ojos, perdí la brújula, no supe de mí.

Me cuentan que me refugié bajo un tráiler, que mis extremidades habían sido aplastadas por las llantas traseras del mismo. Que los gritos desesperados y de dolor de un borracho alertaron al conductor. Que el conductor no supo que hacer más que vomitar bilis de la impresión. Que mi sangre llegó a sus suelas y mis gritos se fundieron con los suyos.

Hasta este momento aparece usted, que con su bondad infinita trató de salvar mis piernas, sin embargo, usted decidió que era buena idea mutilar una de ellas, supongo que era la más débil.

Le cuento mi verdad porque deseo ser libre, las líneas que anteceden son un vestigio fiel de que clase de calaña soy. Maldigo su bondad, doctor: usted me entregó una vida nueva, pero limitada. Me da miedo empezar así, mirar mi pierna, ver un muñón y percatarme de un vacío que ahora se extiende hasta el infinito. No debí ser salvado, no debió parar mi hemorragia. Aquel conductor me había traído la muerte, algo con lo que ya había romanceado.

¡Qué más hubiera querido yo que tener el valor de dar ese paso y privarme de una vez por todas de la mañana siguiente!
